

EL ADIÓS DE LA NOVIA

MEG ROSOFF

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez



Siruela Las Tres Edades

Para Ann y Liz

1

El día de su boda, Pell Ridley se escabulló de su cama de madrugada, les dio un beso de despedida a sus hermanas y, tras sacar a Jack del brezal, donde soplaban la lluvia y el viento, lo metió en casa y le dijo que se marchaban. No es que Jack tuviera mucho que objetar, tratándose de un caballo.

No había mucho que llevarse. Pan, queso y una botella de cerveza; un delantal limpio, una soga para Jack y un libro que pertenecía a Mamá con dibujos de pájaros realizados a carboncillo, que, aparte de ella, nadie hojeara jamás. Dejó intacto su vestido de novia, extendido sobre una silla polvorienta.

Pell introdujo la mano en la mejor tetera y tanteó el interior en busca de las monedas ahorradas para su dote, rodeó el cuello de Jack con la soga y se dio la vuelta para marcharse.

Con la cabeza gacha y los ojos entrecerrados a causa de la lluvia, se detuvo al divisar una figura fantasmal en mitad del camino. Era tan insignificante como una polilla, pero sus ojos horadaban la oscuridad como dos antorchas.

–Vuelve a la cama, Bean.

Bean no cedió un ápice.

Pell suspiró, tras comprobar que el óvalo pálido que Bean tenía por cara permanecía obstinadamente firme.

–Por favor, Bean. Vuelve a casa.

«Oh, Dios», pensó Pell, «no». Pero no tenía sentido pedirle a Dios que intercediera en algo que ya estaba decidido.

Sin esperar a ser invitado, el chico se encaramó a lomos de Jack. Como no le quedaba otra opción, Pell se aupó y se colocó tras él, sintiendo el calor de su delgado cuerpo junto al suyo. Y así fue como, con un relincho resignado por parte de Jack y sin ninguna lágrima por la suya, emprendieron el camino colina abajo en dirección al norte, que en ese momento parecía ser justo la dirección que conducía al resto del mundo.

–Lo siento, Birdie –susurró la chica, dedicándole un último pensamiento al que hubiera sido su marido. Quizá en el último minuto encontrara otra esposa. Quizá se casara con Lou. «Cualquiera servirá», pensó, «con tal de que no sea yo».

El camino por delante. Qué cuarteto de palabras. Qué imagen de cielo azul y de colinas vírgenes y de senderos estrechos que se dirigían Dios sabe dónde y de sentirse libre –libre y hambrienta, libre y helada, libre y empapada, libre y perdida–. ¿Cómo lamentarse por tales condiciones, comparadas con lo que le hubiera esperado?

Llevaban en el camino casi una hora cuando empezó a clarear y llegaron a una aldea idéntica a la que acababan de abandonar: un camino de entrada, uno de salida y un sendero menos transitado rodeándola. Todos y cada uno de los habitantes conocían a Pell lo bastante bien como para saber que no debería estar levantada y alejándose de su casa a caballo en el amanecer del día de su boda, así que hizo que Jack se desviase lo bastante para bordear todas las aldeas, hasta que los nombres empezaron a sonarle extraños y la gente a su paso le resultó desconocida. Incluso entonces, para no arriesgar, continuaron en movimiento. Se detuvieron una única vez bajo un árbol para tomar un pedazo de pan moreno y un trago de cerveza.

Bean siguió cabalgando incluso cuando ella se deslizó hasta el camino y echó a andar; su constitución era tan ligera que Pell dudó de que el caballo se percatase de su

presencia. En los momentos en que Pell se sentía abrumada por la tristeza, la duda y la sorpresa ante lo que había hecho, Bean le sonreía como si quisiera animarla; sin embargo la mayor parte del tiempo se limitaba a estar sentado en silencio, mirando al frente.

—¿Quieres volver a casa, Bean?

En principio, su idea de libertad no le incluía a él.

Pero Bean negó con la cabeza y Pell suspiró. «Lo hecho, hecho está», pensó, «y no tiene sentido volver la vista atrás».

Se dirigían a una feria de caballos en Salisbury. Más que un plan, era un punto de partida, pero les adentraba en la gran masa anónima de Inglaterra, en la que convergían un número infinito de vidas. Lejos de Tierradenedie, lejos de Mamá y Papá. Lejos de Birdie Finch.

—Será un buen marido —le había dicho su hermana Lou en más de una ocasión—. Y, además, ya te gusta.

—Pero monto a caballo mejor que él.

—¿Es esa tu mayor objeción? —Lou deseaba que alguien la mirase de la misma manera que Birdie miraba a Pell.

—Tendrá que servir —rió Pell, y espoleó su caballo por el brezo.

Lou los contempló alejarse, con los labios apretados en gesto de desaprobación.

Todos sabían que Birdie y Pell se acabarían casando. Llevaban prometidos prácticamente desde que nacieron o, al menos, desde la primera vez que ella montó a caballo, justo después de aprender a caminar, cuando se sentó detrás de Birdie y se agarró a él con todas sus fuerzas. Ese poni no tenía tiempo para niños, pero Birdie se aferró a él y Pell se aferró a Birdie, primero como si fueran hermanos y, más tarde, con la cabeza enterrada entre sus hombros y los brazos rodeándole la cintura.

—Cuando seamos mayores —le dijo él—, te casarás con el mejor herrero en dos condados a la redonda.

–Deberías casarte con Lou –respondió Pell–. Ella es la que quiere un marido.

Él la miró, herido.

–No tengo nada que decirle a tu hermana, y lo sabes.

Pell no podía llevarle la contraria, pues era cierto que Lou odiaba el barro y los caballos a partes iguales, y sería la última persona en ayudar en un parto difícil o en agarrar a un caballo de las crines para subirse encima de él.

Hubo un tiempo –muy al principio– cuando la idea de casarse con Birdie hacía que Pell se sintiera orgullosa, sobre todo por el hecho de ganarle a Lou, de quien todos pensaban que sería una esposa mejor. En aquellos días, los dos niños estaban juntos a todas horas, desde el alba hasta las últimas luces del día, y no existía caballo que no pudieran atrapar, montar y domar. Antes de que fuera lo bastante mayor como para saber lo que era un beso, Birdie la había besado y le había dicho:

–Bien, esto significa que algún día nos casaremos.

Y al principio ella le había creído porque así lo había querido, y más tarde, porque no se le ocurría ninguna otra cosa en la que creer.

–Justo *ahí* –le dijo Birdie un día, apuntando a un campo inculto junto a la casa de sus padres–. Ahí será donde construyamos nuestra casa, que llenaremos de niños –Birdie extendió los brazos, como si quisiera abarcar una multitud.

Pell se le quedó mirando. ¿Una casa repleta de niños? No tenía más que mirar a su madre –desgastada e informe, con la vejiga floja, las venas azules y abultadas y los pechos secos como viejos pellejos de vino– para rechazar ese plan. Y, peor aún que la carga física, era el hecho de que vivir en un lugar así no acarrearía más que desilusión, aburrimiento y monotonía.

¿Trabajo, penurias y un puñado de bocas que alimentar? «Ni ahora», pensó Pell, «ni nunca».